

amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto de buenos clientes que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

Sin embargo, el porvenir podría plantear problemas que modificaran esa situación.

La política de los grandes Estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Alemania é Inglaterra, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará á tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar á pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que las convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana; se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean la Inglaterra que envejece ni la Alemania que vemos en plena virilidad. Después de los Estados Unidos joven y del Japón adolescente, ¿no serán la Argentina y la Australia los pueblos que despiercen al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero?

Los estudios médicos en Berlín

Berlín, 1906.

Hay dos modos de estudiar la enseñanza universitaria de un país.

El uno es fácil, cómodo y trascendental. Se pide el estatuto de las universidades, los planes de estudios de cada Facultad y una colección completa de programas. Sobre tal base puede elaborarse una crítica comparativa con otras universidades, llena de consideraciones tan profundas como fantásticas, asombrosas por su erudita erroneidad. Huelga decir que para ello es absolutamente innecesario visitar el país en cuestión, conocer su ambiente científico, su población estudiantil y los procedimientos de trabajo.

Puede seguirse otra línea de conducta, menos solemne, pero más verídica: ver con los propios ojos los diversos elementos de que se dispone para la enseñanza, frecuentar á los profesores en la cátedra y fuera de ella, visitar los institutos prácticos y experimentales, trabar amistad con los estudiantes mismos. El juicio que se forma de este modo suele ser distinto del anterior. Muchas veces se advierte que en una pobre y mala clínica se llevan á cabo trabajos de primer orden, mientras se pierde lamentablemente el tiempo en otras muy

bien instaladas; una celebridad ruidosa resulta un tonto de capirote, á la vez que un profesorcillo incógnito se revela culto y preclaro; algunas cátedras que tienen magníficos programas son desempeñadas con enternecedora insuficiencia, siendo otras verdaderos focos de irradiación científica, magüer se dicten siguiendo programas imposibles.

En todo—hombres, hechos y cosas—ocurre lo mismo. La distancia deforma, amengua ó agiganta la visión de la realidad; cuando se está frente á ella el defecto óptico se corrige por grados y todo vuelve á sus proporciones normales. Aquí se desvanece un espejismo ilusorio, allá se enmienda una censura injusta.

De algún tiempo á esta parte, los médicos de Ultramar han decidido convencerse de que para aprender medicina es indispensable ir á Berlín, como antes lo era peregrinar á París. Los más ingenuos y entusiastas llegan á creer malo todo lo que no es alemán y magnífico todo lo que allí se hace. No diremos que esa afirmación es completamente inexacta, pero hay que reducirla á límites de relatividad. No es ecuánime asegurar que sólo hay buena enseñanza médica en Alemania ni que todo lo enseñado allende el Rhin merece admiración incondicional, dicho sea con perdón de los médicos que han pasado allí una semana ó un año, para poder contarle á sus amigos y clientes.

Allí, como en todas partes, hay lados luminosos y puntos oscuros, luz y sombra. Para equilibrar sus cualidades y sus defectos, conviene observar los institutos de cultura profesional, la mentalidad de sus maestros y los hábitos estudiantiles. Es decir, el medio en que se enseña, los hombres que lo hacen y los alumnos cuya mente se cultiva.

Una gran parte de los servicios médicos desti-

nados á la enseñanza está agrupada en el hospital Charité. Es un establecimiento vasto: su conjunto es magnífico. Tiene el defecto común á muchos hospitales de Europa. Fué edificado por secciones sucesivas; junto á pabellones nuevos y confortables coexisten otros viejos y deficientes, cuya inferioridad se acentúa por el contraste.

El mejor instituto científico de Berlín es, sin duda, el de anatomía patológica, cuya cátedra dicta el profesor Orth. Su museo es único. Hay series casi completas de todas las lesiones que pueden afectar los órganos del cuerpo humano; la instalación es cómoda; el criterio de la clasificación muy razonable y el arreglo de las piezas no carece de cierto gusto artístico, hasta donde cabe en un cerebro de sabio alemán. La magnitud de este museo débese, en parte, á la cooperación de muchos profesores de diversas especialidades, los cuales prefieren concurrir á la formación de un gran museo central antes que tener en sus clínicas un pequeño museo particular, á menudo insuficiente.

El instituto de anatomía normal, dirigido por el eminente Waldeyer, tiene un cuerpo de edificio propio; consta de dos pisos y se le está sobreponiendo un tercero. Los museos de embriología, anatomía descriptiva y topográfica prestan excelentes servicios; los anfiteatros están muy bien dispuestos. En cambio, las salas de disección son increíblemente incómodas y desaseadas; hemos visto á los estudiantes trabajando en condiciones molestas y antihigiénicas.

La instalación de algunas clínicas es ejemplar, pero hay varias que deslucen el buen conjunto. El anfiteatro de operaciones del servicio de cirugía está edificado á muchos metros sobre el nivel del

suelo; la parte que corresponde al diámetro del hemicírculo tiene, á guisa de pared, un vidrial transparente. Su altura lo hace visible desde lejos; parece un teatro grecorromano visto desde el escenario. Es casi lujoso. Los operadores se desempeñan bien.

Los servicios de clínica médica tienen anexados buenos laboratorios, algunos museos especiales y un personal de médicos numeroso y disciplinado. No se les regatea recursos. Todos tienen consultorios externos; funcionan puntualmente y se atiende á los enfermos con prolijidad.

Entre las clínicas del Charité llama la atención la dedicada á las enfermedades nerviosas y mentales. Ha sido inaugurada en 1905 y reúne todas las condiciones exigidas por la ciencia moderna. Recibe allí, con amabilidad exquisita, nuestro colega Ziehen, neurólogo y psiquiatra de nota, que desempeña la cátedra y dirige el servicio clínico; tiene capacidad para 150 alienados y 60 enfermos nerviosos. Es un solo cuerpo de edificio y está dividido en dos secciones simétricas, la una para hombres y la otra para mujeres; dirigen la primera Henneberg y Forster, la segunda Seiffert. Esta clínica tiene para las lecciones un anfiteatro propio, en el cual no se sabe qué admirar más, si el lujo ó la comodidad; también tiene un laboratorio de anatomía patológica y un museo más que mediocre, dirigidos por Koeppen. En ninguna universidad hemos visto un servicio mejor organizado para esa especialidad médica; al retirarnos felicitamos á Ziehen, y nos respondió en muy mal francés: «Da gusto enseñar en un ambiente como éste.» La observación nos pareció justa en su caso, pero incompleta como regla general. ¿De qué servirían clínicas admirablemente instaladas si en ellas no trabajaran hombres de talento?

Los laboratorios de ciencias físicas y experimentales están perfectamente organizados; Alemania derrocha en su militarismo, pero no regatea en su enseñanza universitaria. Los gabinetes de química, física, fisiología é histología podrían figurar entre los mejores de su género; nada tienen que envidiar á los de Viena, París y Londres. Ya veremos cómo se trabaja en ellos.

El laboratorio de psicología experimental es común á los cursos regulares de la escuela de filosofía y letras y á un curso facultativo de la escuela de medicina. Está instalado en la Doroteenstrasse, á poca distancia de la Universidad. Es bastante mediocre, casi malo, no obstante estar dirigido por Stumpf, profesor de fama y respeto. Consta de cinco salones ocupados por instrumentos de fisiología del sistema nervioso, uno para cada sentido. No es un laboratorio de psicología, sino de fisiología de los sentidos; no responde al concepto amplio y moderno de los estudios psicológicos. Su punto de vista es más atrasado y estrecho que el de los escasos laboratorios similares organizados en los Estados Unidos, Francia, Italia é Inglaterra.

En resumen, el ambiente de los estudios médicos es muy bueno, no obstante algunas deficiencias en pocos servicios clínicos y en ciertos laboratorios.

* *

Pero lo dicho: no basta una buena vidriera para juzgar la calidad de un artículo.

El valor científico del personal docente es muy alto si lo medimos por sus astros de primera magnitud. La escuela de Berlín puede estar orgullosa de contar á Waldeyer y Hertwig como profesores de anatomía, de tener á Fischer en la cátedra de

química, á Schwenderer en la de botánica, á Schultze en la de zoología, á Engelmann en fisiología, á Orth en anatomía patológica, á Bumm y Olshausen en obstetricia, á Ziehen en nerviosas y mentales, á Hildebrant y Bergmonu en cirugía, etcétera. Son notabilidades universales.

Esas estrellas de primera magnitud no constituyen la Vía Láctea; la condición primordial de su valor científico es la mediocridad paciente y disciplinada del personal secundario. Si éste fuera inteligente, ó creyera serlo, incomodaría á los maestros, como ocurre en muchas universidades latinas. Los jefes de clínicas, médicos agregados, jefes de laboratorios, etc., tienen una mentalidad inferior y un concepto estrecho de sus funciones; esas cualidades negativas, asociadas á una prodigiosa laboriosidad, hacen de ellos perfectas máquinas de trabajar, cuya utilidad es inmensa para el sabio de talento que los dirige. Esa es la clave del progreso científico en Alemania; los mediocres se creen honrados obedeciendo y sirviendo á los superiores.

En ningún otro país hemos visto análogos prodigios de resignación satisfecha. Allí se encuentra un médico que desde hace treinta años y durante diez horas diarias efectúa análisis de la sangre; otro ha practicado un millón de cortes microscópicos del hígado ó de la médula; vimos un médico agregado que desde hace medio siglo afila los instrumentos de cirugía. No saben absolutamente nada más, y lo que es más singular, no conocen el objeto de los trabajos que realizan. El analizador de sangre no ha visto jamás á los enfermos correspondientes; el que corta médulas é hígados no sabe á quién pertenecieron y sólo se propone multiplicar las colecciones del profesor á quien obe-

dece; el que afila instrumentos no ha operado jamás, ni siquiera le permiten dar cloroformo. Este sistema de regimentación es conforme al estado contemporáneo del espíritu nacional.

Las observaciones precedentes acerca del personal científico de la primera escuela médica alemana, autorizan á hacer una inducción de índole general.

Todos los que llegan á ser profesores notables han pasado por el rudo cedazo de la carrera; pero adviértase que sólo llegan cincuenta hombres de talento sobre mil aspirantes que no lo tienen. Ninguno de los ilustres sabios que hemos nombrado, absolutamente ninguno, pierde ahora su tiempo en trabajos de laboratorio ó experimentales. Cada uno de ellos tiene á sus órdenes una cohorte de colegas subalternos, especializados en trabajos que requieren mucho tiempo y paciencia, los cuales aceptan de buen grado su posición obscura, lejos de la gloria y aun de la simple notoriedad. Son estos mártires ignorados los que viven veinte ó cincuenta años sobre un microscopio ó entre los tubos de cultura, ganando entre 100 y 200 marcos, trabajando para un profesor de talento y sin el estímulo de realizar obra propia ó de llegar por sí mismos al más modesto descubrimiento.

En eso, que para los latinos es un defecto, reside la fuerza de los maestros de la escuela médica alemana: sentimiento de la jerarquía y división del trabajo. Es un caso particular de la mentalidad imperialista.

Los latinos suelen interpretar erróneamente esos hechos, inclinándose á creer que la vida de laboratorio basta para hacer de un tonto un hombre de talento y de un mediocre un sabio. No es así; el régimen alemán de trabajo sólo sirve para

que el tonto y el mediocre se conviertan en obreros útiles al servicio de los hombres superiores. El edificio científico es el producto de una labor común, para la cual ningún esfuerzo es despreciable; los hombres de talento son los arquitectos que dirigen, los demás son hábiles peones que apilan un ladrillo sobre otro para concurrir á una obra cuyo concepto y finalidad ignoran.

Los latinos escollan contra una dificultad seria; todos se creen arquitectos y menosprecian la situación del peón. Sin embargo, como todos no tienen capacidad para arquitectar, algunos acaban por creer que basta trabajar de peones para ser arquitectos; entonces proclaman la excelstitud del trabajo minucioso y pertinaz—el único que está á su alcance—, olvidando que ningún sabio ilustre de Alemania agota su talento en esa humilde faena. Los maestros han sido siempre espíritus generalizadores y sintéticos.

No obstante ese error de concepto, creemos que la importación de hombres de trabajo alemanes sería muy benéfica para nuestra enseñanza superior; ellos darían el buen ejemplo de laboriosidad y disciplina que tanto necesita la gran masa de los hombres de estudio. Mientras no exista ese elemento subalterno, los hombres de espíritu superior no podrán realizar una enseñanza brillante y fecunda.

Al fin y al cabo el mérito del que nace con talento no es mayor del que nace sin él. Lo único provechoso para todos es que cada cual acepte con dignidad el puesto que le señalan sus aptitudes y trabaje con la mayor intensidad por el adelanto de la ciencia. Sin arquitectos no se hacen edificios; pero tampoco es posible hacerlos sin peones.

* * *

Lo dicho sobre institutos de enseñanza y personal docente permite algunas conclusiones.

La impresión general acerca del ambiente de estudio es óptima; las instalaciones y los materiales de trabajo no desmerecen de los de otras universidades tenidas por las mejores. Hay maestros de talento que honran á la escuela; detrás de ellos se mueve una multitud infatigable que les sirve de pedestal. El sentimiento de jerarquía y de disciplina permite el trabajo en común, sin que nadie incomode á los demás.

¿Un médico argentino debe ir á Berlín?

Sí; debe ir, lo mismo que á París, á Roma y á Tokio.

Pero no irá á aprender medicina. Si no la sabe puede quedarse en Buenos Aires, donde tiene iguales elementos de estudio é infinitamente más facilidades. El alumno que regresa de la Escuela de Medicina de Berlín, París ó Viena, tiene una cultura médica general inferior á la del que estudia en Buenos Aires; esta observación puede extenderse á todas las escuelas médicas europeas, sin excepción.

El médico debe ir sabiendo ya medicina, y si es posible, con una especialidad hecha; en esas condiciones podrá discernir lo bueno y lo malo que hay en cada escuela, aprender muchas cosas y enseñar otras tantas.

En Berlín aprenderá á trabajar muchas horas por día y á ser una rueda de un vasto engranaje científico, donde muchos fatigan y pocos brillan. En cuanto á creer que basta ir á Alemania para ser sabio y tener talento, nos parece tan eficaz como los candiales y los caldos de gallina.